

JUAN VALERA Y LA CARACTERIZACIÓN DE JUANITO SANTA CRUZ EN *FORTUNATA Y JACINTA*

VERNON A. CHAMBERLIN
Universidad de Kansas

En el primer capítulo de *Fortunata y Jacinta* Galdós relaciona el nombre del mujeriego, inmaduro y egoísta personaje Juanito Santa Cruz con el nombre de Juan Valera. El narrador incluso invita al lector a participar en el juego de identidad entre ambos personajes planteando esta pregunta: «¿Y por qué le llamaba y llama todavía casi unánimemente *Juanito* Santa Cruz?» Luego, después de afirmar que él mismo no lo sabe, nos da la pista siguiente:

Hay en Madrid muchos casos de esta aplicación del diminutivo o de la fórmula familiar del nombre, aun tratándose de personas que han entrado en la madurez de la vida. Hasta hace pocos años, al cien veces ilustre autor de *Pepita Jiménez*, le llamaban sus amigos y los que no lo eran, *Juanito* Valera.

En estas últimas palabras se puede hallar tal vez el motivo oculto de Galdós: indicar sus propios sentimientos hacia su rival literario, Juan Valera.

Hasta el presente no hay ningún estudio que investigue la posibilidad de que Valera sea, por lo menos en algunos aspectos, el modelo usado para la creación de Juanito Santa Cruz. Un estudio de esta índole es valioso porque existen muchas semejanzas en la vida de los dos Juanitos. Además, el apellido Santa Cruz tenía, como se explicaría más adelante, una conexión importante con Valera.

Hoy en día se considera a Valera como un excelente novelista y un afable diplomático. Sin embargo, sus cartas revelan su tremendo y constante interés en la seducción. Se sabe que durante su servicio diplomático en diversas partes del mundo solía enviar misivas con detalles de sus aventuras amorosas para el deleite de sus amigos en Madrid. Muchas veces resaltaba aspectos de sus escarceos eróticos empleando ingeniosas citas literarias. Sáenz de Tejada describe

con las siguientes palabras la circulación típica de una de estas cartas recibida por el escritor costumbrista Estébanez Calderón:

Calderón lleva la carta al tribunal para que la lea a hurtadillas el Magistrado que escuchaba aburrido los informes... la lleva a la tertulia para convencer a sus sesudos cofrades del talento y la gracia de su joven amigo... La carta va pasando de mano en mano, en el Prado por la tarde y en el café por la noche... unos la copian, otros recuerdan una anécdota, y todos conservan en la memoria el nombre de Valera.

Otro que hizo circular las cartas de Valera fue el subsecretario de Estado, Leopoldo Augusto Cueto. En la más escandalosa de estas cartas enviada desde Rusia, Valera describe cómo había pasado la noche entera en la cama de la actriz francesa Magdalena Brohan. Éstas y otras misivas pronto se publicaron, pero lo más notable de este evento fue que la actriz ya era la amante del jefe supremo de la delegación española en San Petesburgo, el Duque de Osuna. Éste, al enterarse de la conducta de Valera, se puso furioso y no tardó en expulsar a ambos de la ciudad. Ellos tuvieron que abandonar el país y viajar por rutas distintas a occidente.

Ésta no fue la única vez que Valera arriesgó la carrera diplomática por aventuras amorosas. Muy conocido es el caso de su conducta cuando fue embajador en Washington, D.C. En esta ocasión llegó al extremo de entrar en relaciones amorosas nada menos que con la hija del Secretario de Estado norteamericano. Cuando esta última se suicidó dentro de la embajada española en Washington se produjo un escándalo mayor. Desde luego, Valera perdió su puesto y tuvo que salir del país. Muchos más ejemplos del donjuanismo de don Juan Valera pueden citarse pero no hay duda de que ya había adquirido fama de mujeriego mucho antes de que Galdós escribiera *Fortunata y Jacinta*.

Las cartas de Valera muestran que era un hombre tan egoísta, mimado y jactancioso de sus gustos eróticos como el personaje creado por Galdós. Además, los dos se revelan muy tacaños en gastar dinero en pro de sus conquistas amorosas. A pesar de ser los don Juanitos muy guapos y excelentes seductores, ambos recurrían notoria y repetidamente a la prostitución pública. Las cartas de Valera desde diversas partes del mundo así lo demuestran. Por ejemplo, en una de éstas dirigidas a Estébanez Calderón, Valera da cuenta del trato especial de que fue objeto en la que era su casa de prostitución favorita en Madrid por «la falta, de parroquianos» debida a la epidemia de cólera. Dice Valera: «nadie va a los teatros, ni al Prado. No hay reuniones de ninguna clase. Las putas están desesperadas con el cólera, pues... pocos son los que en estas circunstancias se atreven a pecar.» Valera era uno de los pocos atrevidos y no postergó sus apremiantes necesidades sexuales por una mera epidemia de cólera. Sin embargo, su visita no fue totalmente placentera ya que des-

cubrió que una de las favoritas tanto de él como de Estébanez Calderón había muerto. Escribe: «Nuestra Mignette, aquella... deliciosa y talentosa putilla francesa ha muerto de cólera [hace tres días]».

Paralelamente en el penúltimo capítulo del primer tomo de *Fortunata y Jacinta* el lector descubre que el igualmente elegante y compulsivo Juanito Santa Cruz frecuente también los prostíbulos más decadentes de los barrios bajos de Madrid. Después de exhibir, a lo largo de la novela una reprobable conducta marital, Juanito Santa Cruz es expulsado para siempre de la alcoba y de los afectos de su señora. Aunque éste se podría considerar un castigo leve, para Juanito, tan egoísta y mujeriego, representa el más cruel de los castigos. Dice el narrador:

el pobre hombre padecía horriblemente... No ser nadie en la presencia de su mujer, no encontrar allí aquel refugio a que periódicamente estaba acostumbrado, le ponía de malísimo talante. Y era tal su confianza en la seguridad de tal refugio, que al perderlo, experimentó por primera vez esa sensación tristísima de las irreparables pérdidas y del vacío de la vida, sensación que en plena juventud equivale al envejecer, en plena familia equivale al quedarse solo, y marca la hora en que lo mejor de la existencia se corre hacia atrás, quedando a la espalda los horizontes que antes estaban por delante.

Aún aquí Galdós puede estar estableciendo un paralelo con la vida de Juan Valera, porque sabemos que Valera fue expulsado de la alcoba de su señora también después de cinco años de matrimonio. Repetidas veces se queja de ello en las cartas a su hermana en las que declara: «No quiere ser mi mujer... Tiene su cuarto al lado del mío... y me trata con más desvarío y repugnancia del que se trata a un perro sarnoso». En otra carta dice: «En lo profundo del alma estoy herido de su odio, de su desdén, de sus malos tratos». Y especialmente en 1885 (un año antes de escribirse *Fortunata y Jacinta*) Valera agrega: «Me apesadumbra pensar en los últimos años de la vida, cuando ya sea ridículo e imposible amar fuera de casa, no halle yo ni la soledad... ni alguien en casa que bien me quiera, sino odio y desdén. Pícaro vejez va a ser la mía.»

Si la conexión entre el nombre Juanito y el caso Valera es notable, no lo es menos la relación de este último con el apellido Santa Cruz. Cuando estaba en el Brasil, Valera solía incluir en sus cartas a Estébanez Calderón descripciones cómicas de su jefe y futuro suegro José Delâvat y Rincón. Calderón encontró estas descripciones tan entretenidas que instó a Valera a escribir una novela enfocada en su jefe quien seguramente resultaría «el personaje más entretenido e interesante que haya salido de la imprenta desde Cervantes». Por lo menos, decía Calderón en repetidas cartas, Valera debe imitar el ejemplo «del famoso Santa Cruz», debe coleccionar los muy cómicos errores lingüísticos de su jefe. Tal colección resultaría en «una floresta más entretenida que la de Santa Cruz».

Aquí se refería a la *Floresta española de Apothegamas*, una obra escrita por Melchor Santa Cruz de Dueñas en el siglo XIV.

Es importante recalcar que Valera era el jefe del grupo de escritores que se oponían a Galdós y a toda la escuela realista. Ya en 1860 en el ensayo *De la naturaleza y carácter de la novela*, Valera planteó sus objeciones al respecto. Luego, en su obra cumbre *Pepita Jiménez* (1874) las plasmó en su narrativa. La publicación de esta novela ocasionó una polémica y Galdós escribió, como es sabido, su *Doña Perfecta* como respuesta realista a la muy idealista *Pepita Jiménez*. Más tarde, durante los años 80, con la introducción del naturalismo en España el conflicto volvió a entablarse. Galdós había escrito *La Desheredada* en 1881, y el año siguiente la Pardo Bazán había lanzado una serie de artículos sobre el naturalismo, los que se coleccionaron con el conocido título de *La cuestión palpitante*. A todo esto reaccionó enérgicamente Valera: «El realismo o naturalismo que hoy se estila es un horror.» Además Valera creía que hasta era un deber patriótico luchar contra esta maldición de origen francés. Por eso Valera dio a conocer que iba a escribir una serie de artículos refutando las ideas de la Pardo Bazán (quien era —o muy pronto iba a ser— amiga íntima, pero muy íntima de don Benito).

Por lo expuesto podemos observar que Galdós, como jefe de la escuela realista, tenía motivos más que suficientes para pensar en Valera. En mi opinión, fue en los meses posteriores al escándalo en Washington y con antelación a los artículos publicados en contra del realismo-naturalismo, que Galdós decidió con premeditación hacer de su rival el único referente para su donjuanito egoísta y mimado. En *Fortunata y Jacinta*, Galdós no sólo menciona a Valera, sino que establece un marco, al principio y al final del primer tomo de su obra, en el que resalta las compulsiones eróticas del personaje con quien enlaza el nombre de Valera. El uso del apellido Valera como el único referente de Juanito Santa Cruz en toda la novela permitió que Galdós fuera fiel a la estética realista. Tanto Valera como la Pardo Bazán y otros autores de la época podían ver claramente reflejada en el donjuanesco personaje la imagen del célebre escritor rival de la vida real.

Recientemente un importante crítico contemporáneo ha afirmado: «Galdós, cosa rara en él, siente verdadera antipatía por el personaje Juanito Santa Cruz y lo somete a un proceso de degradación». Esta acertada observación nos hace recordar la opinión de Galdós citada al inicio de este ensayo según la cual había personas a quienes no les gustaba Valera. Seguramente Galdós era uno de ellos y por tal motivo decidió parodiar la faceta de su rival sobre la que el mismo Valera se jactaba y se esmeraba más en proyectar: su donjuanismo. Otros estudios ya publicados también evidencian que Galdós solía defender los principios de la escuela realista, a tiempo que satirizaba a sus rivales de la escuela idealista. Las constantes referencias a la vida íntima de Valera, creo yo, es otra parte intrínseca de esta campaña literaria.

En conclusión, antes de la publicación en 1971 y 1974 respectivamente de investigaciones importantes sobre la vida sexual de Valera, no se tenía motivo para considerar seriamente la mención del nombre Juanito Santa Cruz en el primer capítulo de *Fortunata y Jacinta*. Ahora sin embargo es preciso tomarlas en cuenta. Aunque no las hemos enumerado todas, las semejanzas que existen en la vida de los dos Juanitos son tan notorias que el no estudiarlas sería una falta de responsabilidad profesional. Para el lector que puede aceptar la idea de que Juan Valera sea el prototipo del Juanito Santa Cruz, se abren perspectivas más amplias y nuevos deleites al leer *Fortunata y Jacinta*, los cuales nos hacen apreciar aún más el realismo y el arte juguetón de Galdós.